

Introducción

Se preguntarán “¿por qué este trabajo?”. Este prólogo pretende dar respuesta a ésta y quizás a otras preguntas.

He observado durante toda mi vida (musical, hubo y hay una vida aparte) una división que, aunque en un tiempo compartía, ahora no logro comprender.

Me refiero a la división entre “Jazz/Música moderna” y “Música clásica”, más concretamente en el ámbito formativo y educativo, no al fenómeno musical en sí.

Acotando más y entrando ya en la materia que nos ocupará, estoy hablando sobre la enseñanza, el aprendizaje, el crecimiento musical y la profesionalización de un músico que elija como vía para expresarse un instrumento de viento metal (dejaremos de lado lo acertado o no de esta elección).

Obviamente me centraré en el trombón, pero creo que todo lo que leerán aquí podrán fácilmente aplicarlo a cualquier otro instrumento de la familia e incluso a muchos otros (de otras familias), si obviamos algunos de los aspectos inherentes a la idiosincrasia del instrumento.

De cualquier manera, no pretendo que esto que tienen entre manos sea un “manual” o un “método”: creo que lo más importante que puedo aportar es mi propia experiencia como persona, músico, alumno, profesor y, por qué no, artista.

Profundizando en esto último me gustaría ponerles en antecedentes, de forma que puedan comprender por qué me parece interesante lo que tengo que contar.

Aquí tienen una breve historia de mi vida:

Cursé estudios de solfeo a la tierna edad de ocho años. En aquella época había que hacer dos años de “solfa” para que el alumno pudiera acceder a un instrumento; como yo suspendí el segundo (al que me presentaba por libre -plan 66- en Valladolid) no pude acceder y dejé la música de lado por un tiempo. Por aquel entonces me interesaba –no conocía otra cosa- el piano (quizás 1986).

Unos pocos años después, y movido por mi afición, pedí ingresar en la banda de mi pueblo, Arévalo, donde yo pretendía tocar algo de percusión. No era ésta la idea de “Goyo” (relojero, joyero, profesor de música en la trastienda de su joyería y finalmente director de la banda), que me dio una caja negra y enorme, me dijo algo acerca de unos pistones y cómo eran sus posiciones y me informó de que lo que contenía aquella caja era un trombón, que yo siempre había asociado a lo que ahora sé que es un tuba, y me mandó a casa con el firme propósito de que aprendiera la escala de do en esa misma semana.

Ignoro si lo conseguí, pero les cuento todo esto para que sepan dónde empezó mi vida como trombonista. (No hace falta decir que “Goyo” – que recientemente nos ha dejado y aprovecho para rendir homenaje a quien me inició de tan curiosa manera en este mundo- no había tocado un trombón en su vida.)

Lo siguiente que me encontré fue a Don Josué Martínez Fernández, militar en la reserva, que en su juventud, pasada en el cuartel de Segovia, había tocado el bombardino.

Este buen hombre era el director de la Banda de Música de El Espinar, pueblecito segoviano que linda con la comunidad de Madrid y en cuyo municipio se encuentra la pedanía hacia donde mi familia marchó cuando yo contaba trece años y donde sigue residiendo.

A este señor le he de agradecer mi paso de los pistones a las varas. También se empeñó en que fuera al Conservatorio de Segovia, en el que ese mismo año -quizás 1990- habían implantado trombón como asignatura con su correspondiente profesor.

Allí conocí a Javier Lechago, la primera persona en el mundo a la que yo ví tocar un trombón de varas, tendría yo unos quince años (por aquel entonces empecé a tocar en mi primera orquesta de baile, el futuro prometía). Ex militar, natural de Requena y por aquel entonces muy metido en lo que él llamaba “música ligera”, de lo que yo deduje siempre que debía de haber una pesada, pero en fin.

Fue Javier, con quien sigo el trato porque ahora, paradojas del destino, es el director de la Banda de El Espinar, quien me dio las primeras nociones serias técnicamente hablando. Pero, entre mi adolescencia y su juventud, no sacamos demasiado en claro.

Siguieron varios años de profesionalización y auto-enseñanza, muchas horas de estudio poco fructífero, muchos callejones sin salida, muchos ejercicios de segunda mano, muchos dolores de cabeza, muchísima frustración...

Y llegué Barcelona, conocí a Raúl García y las cosas empezaron a cambiar, viajé a Nueva York y estudié con Luis Bonilla, Hal Crook y Jeff Ballard y las cosas cambiaron aún más, y más tarde tuve la oportunidad de estudiar en Rotterdam con Ilja Reijngoud y Bart Van Lier y las cosas continuaron cambiando.

De cómo empezaron a cambiar las cosas, de todo lo que he investigado estos años, de cómo mi periodo autodidacta me ha ayudado, de cómo he podido crecer como músico y de por qué creo que de todo eso se pueden sacar muchísimas conclusiones, es de lo que hablaré en estas hojas que tienen entre manos.

Es el trabajo de media vida de búsqueda de “la luz” y su,al menos parcial, encuentro.

Espero que les guste.

Víctor Correa Hernando